

Comisiones importantes que revelan la grande estimacion que disfrutaba, le vemos desempeñar desde la última fecha que hemos consignado hasta 1866, ya fungiendo como secretario de la Junta permanente de exposiciones (1860), ya como miembro de la Junta superior de gobierno (1863); de la comision mixta para el exámen y liquidacion de las reclamaciones francesas (1864); como Consejero honorario de Estado, en el mismo año; como individuo de la junta nombrada para fijar las bases generales que habian de servir para formar los tratados de comercio y navegacion y las convenciones postales con otras naciones (1865); como comisario por parte de México, para el exámen de las reclamaciones inglesas (1866), y por último, como plenipotenciario para negociar un tratado de amistad, comercio y navegacion con la Gran Bretaña en el propio año de 1866.

Entre los diplomas que poseia este ilustre veracruzano, se contaban los de académico de la lengua y de la historia; de Madrid; el de la Sociedad mexicana de Geografía y Estadística (sociedad que durante tres años le reeligió para que la presidiese), y el de presidente honorario de la "Sociedad para el fomento de las artes y de la industria" establecida en Lóndres.

Despues de enumerar los puestos públicos á cuyo desempeño consagró Castillo y Lanzas su vida entera puede decirse, en las oficinas de marina, en el parlamento, en el Consejo de Estado, en los escaños del Ministerio, en la diplomacia, y, para decirlo en una sola frase, en cuantas partes se juzgaron útiles su saber, su patriotismo, su inteligencia y su honradez, parece que no resta nada que consignar en estos apuntamientos, si no es la fecha en que perdió la patria á este que fué uno de sus hijos más distinguidos. Y sin embargo, no es así. Tenemos que demandar por un momento más la atencion del lector, para decir cuáles fueron los trabajos literarios de Castillo y Lanzas, porque su nombre figura con grande honra en los anales de las letras mexicanas.

En 1825 fué editor del *Mercurio*, primer periódico nacional que vió la luz en Alvarado y Veracruz despues de la *Independencia*, y del *Faro*. Tambien lo fué del *Diario de Veracruz*, pe-

riódico oficial. En 1826 emprendió, con escaso éxito, la redaccion del intitulado *La Euterpe*.

Tambien figuró como editor y redactor de otros diarios en las ciudades de Veracruz, Jalapa y México.

Residiendo en los Estados Unidos dió á la estampa (1835) bajo el título de "Ocios juveniles," sus ensayos poéticos, en Filadelfia.

En 1852, aunque sin dar su nombre, publicó sus "Elementos de Geografía para uso de los establecimientos de instruccion pública."

Sentimos no poder expresar nuestro humilde parecer acerca de las poesías y demas escritos de Castillo Lanzas, que acabamos de citar; pero no poseyéndolos y dejándonos guiar únicamente de los recuerdos que de dichas producciones tenemos, no habiendo vuelto á leerlas, incurriríamos fácilmente en algun error.

A su muerte, ocurrida el dia 16 de Julio de 1878, dejó, segun tenemos entendido, algunos trabajos inéditos, entre ellos varias poesías.

CORREA, José María.

Muchos y muy importantes fueron los servicios prestados á la causa de la libertad mexicana por este sacerdote, y ellos se encuentran consignados en una extensa autobiografía publicada por él y reproducida casi en todas las obras que tratan de la insurreccion. Procuremos condensar en estos apuntamientos los rasgos más notables de su vida. En 12 de Noviembre de 1810, siendo cura, fué sentenciado á ser pasado por las armas, á consecuencia de sus afecciones en favor de la libertad de México. Enviado á la capital de la república al virey Venegas, éste le en-

tregó al Arzobispo Lizana, quien le destituyó de su curato, condenándole á la miseria. Decidiose á tomar las armas, en virtud de un cruento asesinato que presenció, perpetrado por los realistas á las órdenes de Andrade. Empuñó las armas y fué proclamado comandante de las tropas que mandaba Arriaga, y comenzó á luchar con denuedo, alcanzando la primera victoria el 26 de Setiembre de 1811, recibiendo en premio el despacho de brigadier y comandante en jefe de Huichapan y Xilotepec, por la Junta de Zitácuaro. En seguida batió y derrotó á las tropas realistas en la villa del Carbon y en Calpulalpam. En los días 2 y 11 de Noviembre de aquel mismo año, con 500 hombres y tres cañoncitos, derrotó nuevamente al enemigo. Su fama llegó á la capital y fué excomulgado en toda forma.

Continuó así, prestando útiles servicios, teniendo por mira principal el proteger á la Junta de Zitácuaro, y la protegió en su retirada. Tambien debe hacerse mencion de Correa como uno de los insurgentes más adictos al general Rayon, conquistando con esto el odio de los insurgentes que estaban afiliados en el grupo opuesto á aquel General. Sorprendido por el enemigo, fué hecho prisionero y conducido á la capital. Ni amenazas, ni excomuniones, ni ofertas, ni cuantos medios pusieron en juego el Gobierno y la Iglesia misma, lograron hacer que Correa abandonase la causa de la independencia; por el contrario, cada dia la seguia con mayor ardor y con más inquebrantable fé.

El 6 de Octubre de 1813 logró fugarse de la casa Profesa en que se le tenia en reclusion, y á costa de los mayores riesgos y sacrificios se reunió con Morelos en Chilpancingo. Derrotado este último el 24 de Diciembre en la accion de Valladolid (hoy Morelia), Correa, aunque cercado de peligros, se ocupó hasta la mañana del dia siguiente recogiendo cadáveres y heridos y reuniendo á los dispersos. Uniose en seguida á Matamoros, y fueles adversa la suerte en Puruarán, Chichihualco y Tlacotepec, destruyéndose con aquellos descalabros el total del ejército. Entónces, con la intrepidez que le caracterizaba, Correa se dirigió al Departamento de Veracruz. El Lic. Rosains le nombró al punto su segundo, y ambos pacificaron el levantamiento de los

negros, verificado en aquellos dias. Despues apadrinó el acto en que el modesto jóven D. Félix Fernandez recibió el título de coronel, tomando desde aquel dia el sobrenombre de *Guadalupe Victoria*, con el cual ha pasado á la posteridad, como en su lugar veremos. Deseando encontrar un sitio resguardado y defendible, para plantear un fuerte en que el Gobierno pudiese residir, descubrió el Cerro Colorado junto á Tehuacan, y puso manos á la obra, convirtiéndose en ingeniero y peon al mismo tiempo, andando más de cuatro leguas diariamente, subiendo y bajando el cerro cargado de enormes piedras, arena y utensilios, derramando sangre por piés y manos.

En 1815 pasó á Puruarán, y se le dió la comandancia de Uruapam, renovándosele la graduacion de Mariscal, en cuyo puesto permaneció poco tiempo, á causa de los acontecimientos que tuvieron lugar, y que dieron por resultado la aprehension y muerte del gran Morelos y la disolucion del Congreso de Chilpancingo. Entónces Correa se apresuró á marchar al Cerro Colorado, que miraba como el refugio y sosten de la causa nacional. Refiere él mismo en la autobiografía citada, un episodio cuyo colorido no queremos debilitar, y por lo mismo trascribiremos textualmente. "Me faltaron los auxilios—dice—y á medio camino me hallé cortado por todas partes y en medio de miles de satélites del Gobierno español, y de cobardes indultados que ya abrazaban la más injusta de las causas. Era preciso tomar un partido: dejo, pues, mis vestidos, me ajusto un coton y calzoneras de jerga, y barba larga: tomo un pasaporte con el nombre de Juan Vargas, en el pueblo de Ozumba, y me acomodo de mozo de un arriero que hacia viaje á Tehuacan, unas veces á pié, y montado otras, camino sesenta leguas andando tras de la récua y desempeñando, á satisfaccion de mi amo, las obligaciones respectivas de mi cargo: pero ¿cuál fué su sorpresa, cuando un poco ántes de Tepeji de la Seda encuentro á D. Juan Terán y otros conocidos que, corriendo á mis brazos, me saludan su general? Quién me besa la mano, quién le dá el parabien al señor cura. Mi amo estaba más confuso que D. Quijote cuando Dulcinea se trasformó en aldeana. Pidiome mil perdones, y de allí

en adelante no se atrevía á levantar sus ojos de avergonzado; ¡noble sencillez que envidio siempre que la recuerdo!"

Desgraciadamente el comandante del fuerte, celoso de la estimacion que á Correa dispensaban todos, le recibió y trató mal, y su aversion llegó á tal punto, que al entregar la fortaleza el 21 de Enero de 1817, á los realistas, colocó á Correa en la clase de *carabinero raso* y le entregó á las tropas españolas. El coronel de éstos lo era un torero apellidado Bracho, quien vejó á Correa y le mandó poner en capilla, y le dejó sin comer durante dos días. Correa habria sido fusilado si el comandante D. Ciriaco Llano no hubiera mandado suspender la ejecucion. No finalizaron aquí sus sufrimientos. Puesto á disposicion del Gobierno español, confinole éste á la ciudad de Puebla, en la que permaneció durante catorce meses, aislado, sin recursos, reducido á una miserable accesoría por casa, un petate y una frazada por ajuar, y por asistente su misma persona. Imploró repetidas veces la compasion del Obispo Pérez, y éste le socorrió con veintidos pesos, pero no le ultrajó, y su dulzura suavizó la suerte de Correa en algun modo, quien cada vez que salía á la calle era abrumado á insultos y sarcasmos, que al fin le obligaron á no salir sino de noche á la fuente por agua, y á los figones por un miserable alimento. Correa habria perecido de hambre, si un corazon generoso no se doliese de su suerte. Dejemos que él mismo refiera ese pasaje. "El único corazon sensible que encontré en esa época tan degraada,—dice—fué el del Ilmo. Sr. Fonte, Arzobispo de México, que me asignó una mesada de quince pesos, me escribía con frecuencia y se interesaba por mi felicidad!..... ¡Eterna sea su memoria, como lo es mi gratitud á su beneficencia!" El mismo Arzobispo habilitó á Correa para ejercer su ministerio, y le dió el interinato del Real del Monte, sin que por eso abandonase la causa de la libertad.

"No creí entónces necesaria mi asistencia personal,—dice—pues se me informó que estaba generalizada la opinion, y ví conseguidas mis ideas; pero en el púlpito exortaba y en el confesionario convencía. Instruí por cartas á los pueblos, en el santo dogma de la libertad é independencia, y les ponía en claro sus

derechos. Auxilié al Sr. Guerrero con reales y víveres; dí noticias de interes y del momento al jefe de las garantías, é hice cuanto estaba en mi posibilidad y alcance." Con estas palabras cierra el padre Correa la autobiografía á que nos hemos estado refiriendo. Es digno de notarse, por lo triste, que no existen más datos que los anteriores acerca de la vida de este sacerdote que tantos y tan importantes servicios prestó á la libertad mexicana, y tantos y tan crueles sacrificios hizo por ella. Como quiera que sea, lo que llevamos referido es sobrado título para honrar su memoria y concederle el puesto que conquistó entre los padres de la independencia de nuestra patria.

CASTILLO, Florencio M. del.

Una de las figuras más simpáticas de nuestra historia literaria es la del malogrado escritor Florencio María del Castillo.

Nació en la ciudad de México el 27 de Noviembre de 1828. Su padre, conociendo la precoz inteligencia con que la naturaleza le habia dotado, se empeñó en cultivarla desde sus primeros años. Cuatro carreras habia entónces, únicas que ofreciesen algun porvenir á la juventud: la eclesiástica, la médica, la militar y la de la abogacía. Castillo, á quien la milicia repugnaba, que veía con aversion la abogacía y que en manera alguna se sentía inclinado al sacerdocio, prefirió el estudio de la medicina y lo comenzó; pero bien pronto se sobrepuso á aquella decision el espíritu de Castillo, inclinado desde sus primeros años al cultivo de las bellas letras. Ya desde 1837 habia sido su ocupacion favorita la literatura, y dividía su tiempo estudiando los clásicos, y escribiendo en pequeños cuadernos, que él mismo empastaba, un cuento fantástico, ó la descripcion de escenas que nunca habia visto, pero que él se imaginaba, ó bien ligeros artículos que reflejaban los vagos deseos de su corazon, las poéticas aspira-

ciones de su alma. En esas composiciones infantiles se podían descubrir, ha dicho el Sr. Altamirano, algunos pensamientos profundos, que eran como el germen de los que admiramos en sus hermosas novelas.

Castillo abandonó más tarde el estudio de la medicina, y se dedicó libremente á las tareas literarias, comenzando desde entonces á llamar la atención por sus bellísimos artículos y sus lindas novelas. De ellas hablaremos después. Antes terminaremos el relato de la vida de Castillo. Perteneciendo, como pertenecía, al partido liberal, no pudo ser indiferente á los sucesos que conmovieron al país, desde la guerra de tres años, hasta que él sucumbió. El periodismo le reservaba nuevos triunfos, aunque también nuevas penas y sacrificios, hasta la muerte misma; pero Castillo, apóstol de la libertad y de la reforma, entró á la lucha con fé, con valor, sin arredrarse ante el espectáculo de la suerte que está reservada en nuestro país á los que son leales, enérgicos y dignos, cualquiera que sea la época por en medio de la cual atraviesen. Castillo no acataba los hechos consumados por la fuerza de las armas, ni por lograr un puesto público abjuraba las ideas que había profesado y de que había sido apóstol. Y téngase en cuenta que entonces el periodismo era, como ha dicho elegantemente el citado escritor, un campo de batalla en que los adalides enarbolaban la bandera que debía ser defendida después por la espada de los guerreros; la polémica no era más que el prólogo del combate, y el protagonista sellaba muy pronto sus ideas, derramando su sangre frente á los cañones enemigos, y en los cadalsos, ó perdiendo la libertad en las oscuras prisiones en que el odio procuraba sepultar el talento. Hoy que los tiempos han cambiado tan ostensiblemente, viéndose con frecuencia que de la redacción de un periódico opositor pasan los escritores á ocupar un puesto en los gobiernos creados por las revoluciones que acababan de combatir rudamente, hoy, decimos, toma proporciones grandiosas la ya noble figura de Castillo, á quien ni las prisiones, ni el destierro, ni la miseria fueron capaces de hacerle traicionar á sus principios de demócrata sincero.

Llegó la época de la guerra de intervención, y Castillo, en unión de su hermano D. José María, salió de México para prestar sus servicios á la causa de la patria. A pocos meses, faltándoles los recursos que habían menester, regresó Florencio á México, con el fin de proporcionárselos, vendiendo la única riqueza que poseían, una casa comenzada á edificar con grandes y penosos sacrificios. Pero la venta era difícil, los días pasaban, la pobreza iba en aumento y llegaban ya la prisión y el destierro. Así sucedió.

El día 2 de Agosto de 1863, una partida de zuavos, dirigida ¡vergüenza da decirlo! por un mexicano, arrebató á Castillo de su hogar, separándole de una esposa que idolatraba y de sus pequeños hijos que eran el encanto de su existencia. Empleose con él todo el refinamiento de la barbarie con que los invasores trataban á sus prisioneros, y á pocos días se le condujo al castillo de San Juan de Ulúa, á sacrificarlo allí en el mortífero clima de las playas veracruzanas. En breve realizáronse los deseos de sus enemigos, que lo eran los de su patria; el vómito le atacó, y los soldados franceses no permitieron á Castillo ir al hospital de Veracruz sino en los momentos de la agonía. Así en un hospital, en 1863, murió, agregando á su corona literaria la del martirio, por sus creencias y por su amor á la patria.

Castillo fué miembro de varias sociedades literarias, regidor del Ayuntamiento de México y diputado al Congreso de la Unión, sin haber nunca, ni por sus triunfos literarios, dejado de ser un hombre modesto y lleno de abnegación. Escribió, á más de multitud de artículos políticos y literarios, las leyendas siguientes, que fueron publicadas en una elegante edición, precedida de un prólogo escrito por D. Guillermo Prieto: "El cerebro y el corazón." "La corona de azucenas." "¡Hasta el cielo!" y "Dolores ocultos." Después apareció otra, intitulada "La hermana de los ángeles." Esas leyendas han sido reimpresas varias veces, y son conocidas por cuantos aman lo bello y lo bueno. Para dar cabal idea de este escritor, vamos á reproducir el juicio que de sus novelas hizo en sus "Revistas literarias de México" el Sr. Altamirano.

“Florencio del Castillo—dice—es sin duda el novelista de más sentimiento que ha tenido México; y como era además un pensador profundo, estaba llamado á crear aquí la novela social. Sus pequeñas y hermosísimas leyendas de amores, son la revelación de su génio y de su carácter. En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, ó el estudio de los caracteres, ó la exquisita ternura que rebosa en sus amores, siempre púdicos, siempre elevados, ó bien la elegancia y fluidez del estilo, ó la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida de México. Cada una de sus heroínas es un ángel de bondad y de dulzura, porque Florencio pensó, y con razón, que para hacer amar la virtud á la mujer, no era preciso calumniar ó condenar á ésta, sino por el contrario, iluminarla con los rayos del sentimiento, poetizarla, hacerla divina. Así, en sus leyendas no se ve una sola de esas mujeres extraviadas, violentas, imperiosas, ulceradas por los vicios y aborrecibles: ninguno de esos ejemplos de mujer maldiciente y procaz que van vertiendo por donde quiera el veneno de su corazón, y haciéndose semejantes á las víboras por la fetidez del aliento de su alma. No, Florencio era asaz delicado para levantar del lodo esos reptiles, y mostrarlos á la sociedad, que harto los conoce y vuelve el rostro con repugnancia al encontrarlos. Las heroínas de Florencio son jóvenes virtuosas, apasionadas, melancólicas, con esa melancolía que hace llorar, y no aborrecer el mundo, con esa melancolía que da dulzura al alma de la mujer, como la blanda luz de la luna da un color suave á su semblante. Ellas aman, y sufren, y luchan, y lloran en silencio, pero jamás se desesperan, jamás se sublevaron contra el destino, jamás sucumben vergonzosamente, jamás se hunden en la perdición. En esas vírgenes pálidas y enamoradas cree uno ver ángeles, y se adivinan tras de ellas las alas de la inocencia plegadas por la resignación y el dolor, pero dispuestas á abrirse para remontar al cielo. Florencio tampoco ha ido á buscarlas en los palacios de los grandes de la tierra: no; quizás pensó que allí el lujo y el bienestar endurecen el corazón y sólo despiertan los sentidos. Generalmente las encontró en las clases pobres, entre las que

sufren, entre las que no tienen más goces que los del amor casto y sincero. Así, como estas mártires de la desigualdad social, nos figuramos nosotros á aquellas mártires de la fé religiosa á quienes la admiración de los primeros cristianos colocó junto al trono de Dios en el cielo, y sobre los altares en la tierra.

“Los perfiles que dió Florencio á sus vírgenes, son los mismos que dió Rafael á las suyos idealizando el tipo moral, como este idealizó el tipo físico. Por lo demás, Florencio es un poeta en la extensión de la palabra, pero un poeta melancólico. Nadie como él, supo con sus novelas, conmover tanto y dejar una impresión de honda tristeza, porque ese es el carácter de su poesía. Sus leyendas no concluyen en matrimonios ni en agradables sorpresas: todas ellas se desenlazan dolorosamente, como los poemas de Byron, pero diferenciándose del poeta inglés en que la desdicha de sus héroes no produce desesperación ni deja en el alma las tinieblas de la duda, sino simplemente una tristeza resignada, porque Florencio no era excéptico. En ternura y en pasión, las novelas de Florencio pueden rivalizar con “Pablo y Virginia;” pueden rivalizar con “Werther” llevando á éste la ventaja de la moralidad, pueden compararse con “Graziella,” ó con el “Rafael,” de Lamartine, aventajándoles también en el estudio social y en la intención, y por esta razón pueden compararse con algunas de las creaciones de Balzac.”

Nada tendríamos que agregar á tan completo elogio, si no fuera conveniente decir, para que no se atribuya á un exceso de patriotismo, el cumplido elogio de Castillo, que un escritor extranjero haciendo el juicio crítico de algunos autores mexicanos contemporáneos, le llama el *Balzac de México*.

CASTRO, Agustín.

Nació en la villa de Córdoba, hoy ciudad, en el Estado de Veracruz, el día 24 de Enero de 1728. Recibió una educación tan esmerada, que á los doce años de edad conocia las artes, la historia sagrada y profana, gramática latina, principios de matemáticas, geografía y cosmografía. A esta edad vino á México y entró al colegio de San Ildefonso, donde estudió filosofía y teología, sosteniendo dos actos públicos con el mayor lucimiento. Era tan asidua su consagración á la lectura y al estudio, que en ambas ocupaciones empleaba las horas, llegando á ser un profundo literato, desde muy joven. Abrazó la carrera de la iglesia en 1748, haciéndose jesuita, y como entonces se usaba que, concluidos los dos años de noviciado, los nuevos religiosos estudiasen ó repasasen las humanidades por algun tiempo, y como el P. Castro, tenia abundantísima instrucción en aquel ramo, púsose á escribir un poema en loor de Hernán Cortés, imitando los del Tasso y Camoens. Pero tuvo que interrumpir la tarea, por ir á Guadalajara á dar cátedra de gramática. De aquella ciudad, pasó á la de Puebla, en donde fué ordenado sacerdote y destinado á Veracruz. Dos meses despues, fué llamado á México y colocado en la casa Profesa.

Distinguióse entonces como elocuente y erudito orador sagrado, contribuyendo no poco, en union de Campoy, Clavijero y otros, á restablecer el brillo de la cátedra, puesta en decadencia por nécios predicadores. En seguida, pasó á Querétaro á enseñar filosofía, é introdujo con todo el arte que era menester en aquella época, los principios modernos de Cartesio, Leibnitz, Newton y demas reformadores de las ciencias físicas. Vuelto á México, encargóse del puesto de *ministro* en el colegio de San Ildefonso, debiéndosele el perfeccionamiento de la imprenta allí establecida, y para la que Castro en persona, grabó adornos, que fueron celebrados por su belleza. En todos los colegios á que

perteneció, estableció academias de bellas letras, de las que salieron bellísimas composiciones latinas, griegas y castellanas, en que se celebraban los sucesos notables que entonces ocurrían. Refiere uno de sus biógrafos, que el famoso arco triunfal que se colocó en la puerta del palacio arzobispal de México en la coronación de Carlos III, fué dirigido por el P. Castro, y sus inscripciones hechas ó corregidas por él, y que á todas sus tareas en el colegio de San Ildefonso, añadió la de enseñar teología moral, cuya cátedra abrió con una elegante oración latina, en 1760.

Pasó despues á prestar sus servicios sucesivamente en Valladolid (hoy Morelia), en Guadalajara y en Mérida de Yucatan, enseñando en esta última ciudad derecho canónico, organizando la nueva universidad de aquella provincia, y dando lecciones de derecho civil.

Ya de regreso en México, permaneció en la casa Profesa, hasta la expulsión de la Orden. Pero ántes de referir sus triunfos literarios en Italia, debemos decir, siquiera sea brevemente, algo de lo que en su patria hizo, pues sin ningun género de duda, el P. Castro, ha sido uno de los literatos mexicanos más notables en el siglo anterior. Copiaremos textualmente lo que acerca de estos trabajos, refiere el Sr. Dávila en la biografía de Castro, inserta en el *Diccionario de Historia y Geografía*, publicado por la casa de Andrade: "Prescindiendo de la infinidad de consultas que en todas materias se le dirigieron por las autoridades eclesiásticas y civiles de todos los lugares en que residió, que fueron innumerables, entre las que singularmente debe recordarse su famosísimo informe á favor de la continuación, para bien de los indígenas de los curatos de los religiosos franciscanos en Yucatan, dejó inmensos materiales, unos enteramente arreglados, y otros prevenidos para tan importantísimas obras: como habia hecho tantos viajes por el país, era tan observador, tan estudioso y aplicado, y teniendo las más estrechas relaciones con los principales sujetos de las ciudades en que habia morado, habia adquirido tal cúmulo de noticias, de documentos y piezas importantes, que se habia propuesto escribir no sólo la

historia eclesiástica de México, sino la profana de algunos particulares departamentos.

El historiador de su vida, P. Maneiro, que tenia ya concluidas la de Yucatan y la de Córdoba, su patria, y que siguiendo las huellas de los dos grandes escritores Eusebio de Cesárea y Hucit, tenia muy adelantada la de la historia eclesiástica con el título de "*Preparacion evangélica y su demostracion en las Américas.*"

En medio de tantas y tan serias tareas, cultivaba tan arduamente la poesía latina y castellana, que, segun Maneiro, escribió varios poemas y tradujo en versos castellanos el *Telémaco*, de Fenelon. Dejó tambien escritos y dispuestos para la prensa seis ú ocho tomos de discursos sagrados y algunas oraciones latinas.

Llegado á Bolonia fué nombrado maestro de humanidades de los jóvenes jesuitas mexicanos, y brilló por su elocuencia y por su sabiduría. En Ferrara concluyó su poema sobre *Hernan Cortés*, y continuó en el magisterio.

Fué el consultor de los jesuitas en su país, y como dice su biógrafo ya citado "nada se publicó en Italia, ya en poesía, como la obra de Abad, en teología, como la de Alegre, en arquitectura, como la de Márquez, en historia, como la de Clavijero, en una palabra, en ninguna materia, en que el P. Castro no fuera consultado, y cuya censura no se solicitáse con el mayor empeño."

Visitó con fruto las principales ciudades de Italia, y conquistó mayor renombre del que ya tenia, con la traduccion de las *Fábulas de Fedro* en versos castellanos, con notas muy eruditas, y un prólogo en que manifiesta su opinion sobre esas fábulas; con la traduccion de *Troades* de Séneca, de algunas tragedias de Eurípides, varias sátiras de Juvenal y Horacio, algunas odas de Anacreonte, las dos que existen de Safo, y otras muchas de Virgilio, Hesiodo, Milton, Young, Pope, Ossian, Gesner y otros, pues era versado en todas lenguas, y traductor elegantísimo. Sus obras originales fueron escritas todas en castellano, con el objeto de que pudiesen ser útiles á la juventud de su patria. Muchas quedaron incompletas, á causa de la infinita varie-

dad de empresas que acometia. Fecundísimo poeta, casi todos sus escritos están en verso, y entre ellos citan su biógrafos, especialmente, las *Cartas* en que formó un arte poética, segun los preceptos de Horacio, de Persio, Juvenal y otros célebres autores, un *Juicio sobre las comedias de Sor Juana Inés de la Cruz*, un *Tratado de prosodia* en que recopiló cuantos preceptos se encuentran en los mas sábios autores antiguos y modernos, y que concluye con una especie de alfabeto ó *Selva* de todas aquellas doctrinas que habia consultado, con trozos escogidos para servir de modelos, y muy particularmente en el uso de las licencias poéticas.

Apénas se concibe, cómo pudo un hombre adquirir tanta ciencia y escribir tanto como el P. Castro, sin abandonar sus tareas sacerdotales, sus obligaciones en el magisterio, y sus fatigas en los viajes. Por eso no hemos vacilado al decir que ha sido uno de los literatos mexicanos más eminentes.

Falleció en Bolonia el 22 de Diciembre de 1790 á la edad de 63 años.

CAVO, Andrés.

Entre los historiadores mexicanos, pocos habrá tan conocidos como el jesuita Andres Cavo, á quien llaman todos el P. Cavo, sencillamente; y en verdad que no falta razon para esta popularidad, pues reputársele podria como la principal fuente histórica en que han bebido cuantos acerca de la época de la dominacion española en México han querido escribir, ó cuando ménos, tener conocimientos.

Las noticias biográficas que de él existen son las que se verán en seguida.

Nació en la ciudad de Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, el dia 21 de Enero de 1739, y en ella comenzó sus estu-